

Martin Suter

Qué pequeño es el mundo

Traducción de Helga Pawlowsky

Primera edición en Libros del Asteroide, 2016
Título original: *Small World*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 1997 by Diogenes Verlag AG Zürich
All rights reserved

© de la traducción, Helga Pawlowsky, 2016
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía del autor: © Alberto Venzago

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-72-6
Depósito legal: B. 4.823-2016
Impreso por Reinbook
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para mi padre

Al regresar, Konrad Lang vio que todo salvo los leños amontonados en la boca de la chimenea estaba en llamas.

Konrad vivía en Corfú, en la residencia de los Koch, situada a unos cuarenta kilómetros al norte de Kérkyra. Dicha propiedad consistía en un complejo escalonado de edificaciones, jardines, terrazas y piscinas que descendían en cascada hacia una bahía arenosa. La pequeña playa solo era accesible desde el mar o utilizando una especie de funicular que cruzaba todos los planos aterrazados de la propiedad.

En sentido estricto, Konrad Lang no vivía en la propia mansión, sino en una casita destinada a portería, un habitáculo frío y húmedo adosado al muro, a la sombra del pequeño pinar que bordeaba la entrada a la finca. Konrad Lang no era un invitado de la casa, sino algo así como un casero que, a cambio de comida y cama, más una cantidad fija, debía procurar que la casa estuviese, en cualquier momento y sobre aviso —bastaba con una llamada telefónica—, dispuesta para recibir a los miembros de la familia propietaria o a sus invitados. Era el responsable de pagar el sueldo a los empleados y de li-

quidar las facturas de los hombres que se ocupaban de las continuas reparaciones y los trabajos de mantenimiento que los efectos de la sal y la humedad exigían en el edificio.

Respecto a los cuidados agrícolas que necesitaban unos cuantos olivos, almendros, higueras y naranjos de la propiedad, así como un pequeño rebaño de ovejas, un aparcero se encargaba de todo ello.

Durante los meses de invierno, de días tormentosos, lluviosos y fríos, Konrad prácticamente no tenía nada que hacer, salvo acercarse una vez al día a Kassiopi para ver a unos cuantos compañeros de fatigas que también pasaban el invierno en la isla: un anticuario inglés jubilado, la propietaria alemana de una *boutique* un tanto pasada de moda, un pintor austriaco algo entrado en años y una pareja procedente del oeste de Suiza también encargada de cuidar una finca ajena. Se reunían para tomar alguna que otra copa, casi siempre demasiadas, en uno de los pocos establecimientos que se mantenían abiertos fuera de temporada.

El resto del día lo pasaba intentando protegerse del frío húmedo que se le calaba en los huesos. La villa de los Koch, como muchas otras casas de Corfú, no había sido construida para ser habitada en invierno. La casita del portero ni siquiera disponía de una chimenea, tan solo había dos radiadores eléctricos, pero no podían enchufarse a la vez porque saltaban los plomos.

Y por esa razón, algunos de los días más fríos, a veces también de noche, prefería ocupar el salón de la planta baja del ala destinada a los invitados. Le gustaba estar allí porque junto a los ventanales se sentía como el capitán de un crucero de lujo en su puente de mando: un

poco más abajo veía una piscina de color turquesa y, de frente, no tenía ya nada más que el mar impasible. A esta buena sensación se añadía la comodidad de una chimenea que tiraba bien y el teléfono. En un principio, la casita del portero había sido la vivienda destinada a los criados que debían atender a los invitados alojados en esta ala del edificio, de modo que podía usar la línea telefónica existente y, en general, hacer como que estaba viviendo donde se suponía que debía estar. Elvira Senn había dejado claro que Konrad no debía pisar ninguna estancia de la mansión.

Corría el mes de febrero. Toda aquella tarde un viento huracanado del este había estado sacudiendo las hojas de las palmeras y, ocultándolo tras unos jirones de nubes grises, se había empeñado en tapar el sol. Konrad decidió refugiarse con unos cuantos conciertos de piano en el salón de la planta baja del ala de invitados. Cargó un poco de madera y una garrafa de gasolina en el funicular y se dirigió hacia abajo.

Necesitaba la gasolina para prender el fuego. Hacía dos semanas había pedido una carga de madera de almendro, una madera que arde despacio y da un buen fuego siempre que esté seca, pero la madera que le habían entregado estaba húmeda y no había otra manera de lograr que prendiera la llama. No era una manera muy elegante de hacerlo, pero sí resultaba eficaz. Konrad había recurrido a ella decenas de veces.

Amontonó unos cuantos leños, los roció de gasolina y acercó una cerilla encendida. Después volvió al funicular para recoger de su pequeña cocina de la portería dos botellas de vino, una botella medio llena de *ouzo*, aceitunas, pan y queso.

A su regreso, se cruzó con el aparcerero, que aprovechó para enseñarle un trozo del muro donde el salitre estaba carcomiendo el revoque.

Ya bajando en el funicular, Konrad Lang advirtió que olía a humo, pero lo atribuyó a aquel viento que soplabla procedente del mar desde un ángulo tan extraño que estaría entrando por el conducto de la chimenea y no le dio importancia.

Cuando la cabina del funicular se detuvo en el ala destinada a los invitados vio que, salvo los maderos que había dejado amontonados en el interior de la chimenea, todo estaba en llamas. Le había sucedido una de esas desgracias que pueden pasar a cualquiera cuando hace una cosa pensando en otra: había apilado los maderos en la boca de la chimenea, pero había echado gasolina y prendido fuego al montón de leña que quedaba a un lado del marco de la misma. En su ausencia, las llamas habían prendido primero los sillones de ratán de Indonesia y, después, los *ikats* que revestían las paredes.

Tal vez aún habría podido sofocar el incendio, de no haberse producido, justo en el instante en que Konrad Lang estaba a punto de abandonar la cabina, la explosión de la garrafa de gasolina, que había dejado abierta. Konrad hizo lo único que parecía razonable en ese momento: pulsó el botón de subida.

Mientras la cabina se deslizaba lentamente hacia arriba, el túnel empezó a llenarse de un humo asfixiante. Entre el penúltimo y el último plano, le dio por toser de manera tan violenta que la cabina sufrió unas cuantas sacudidas, efectuó unos parones y después se quedó atascada.

Konrad Lang, protegiéndose la boca con el jersey, miraba el humo que se ennegrecía por momentos, hasta hacerse impenetrable. Presa del pánico, se aferró a la manecilla de la puerta de la cabina y, sin saber cómo, moviéndola, logró abrirla, retuvo el aliento y subió gateando los escalones que corrían paralelos al funicular. A los pocos metros, alcanzó el punto más elevado y, tosiendo y medio ahogado, salió al aire libre sano y salvo.

Poco antes de ser pasto de las llamas, la mansión de los Koch había sido redecorada a fondo por una interiorista holandesa, de modo que estaba llena hasta los topes de antigüedades y telas procedentes de Indonesia y de Marruecos y de todo tipo de objetos de *kitsch* étnico. Aquello ardió como si fuese yesca.

El viento que corría por el túnel del funicular avivó las llamas y el fuego alcanzó los salones de todas las plantas y, desde allí, los dormitorios y demás dependencias.

Cuando llegaron los bomberos, el fuego ya había dejado atrás la casa y la ventolera lo empujaba por las palmeras y las buganvillas en dirección al pinar. Los hombres se limitaron a impedir que las llamas se propagaran por los pinos y los olivos más cercanos. Había llovido poco esa temporada.

Konrad se retiró con su botella de *ouzo* a la casita de la portería. Solo cuando el pino que tenía delante de la ventana se convirtió con un estallido en una bola de fuego, salió de nuevo y se quedó observando de lejos cómo las llamas destruían la casita blanca y, con ella, todas sus pertenencias.

Dos días después apareció Schöller. Acudió al lugar del siniestro acompañado de Apostólos Ioannis, el director de la filial griega de Koch Engineering, y se limitó a remover con la punta del zapato algún que otro residuo carbonizado. Volvió a guardar enseguida el bloc de notas que había sacado. Toda la mansión había quedado reducida a cenizas.

Schöller era el asistente personal de Elvira Senn. Se trataba de un hombre delgado y pulcro, de unos cincuenta y pocos años. No desempeñaba ninguna función concreta dentro de la empresa, habría sido inútil buscar su nombre en el registro mercantil, pero era la mano derecha de Elvira y, como tal, era temido incluso por las más altas instancias de la compañía.

Hasta entonces, Konrad Lang había dominado aquel miedo tratando a Schöller con la condescendencia propia de quien procede de mejor cuna. A pesar de ser Schöller quien daba las instrucciones, Konrad siempre las había recibido como si las mismas fuesen el resultado de un anterior acuerdo confidencial suyo con Elvira. Schöller sabía muy bien que todos los contactos entre Elvira Senn y Konrad Lang pasaban por su persona, pero el hecho de que la gran dama de las altas finanzas suizas se cuidara siempre de tejer sus redes de un modo que le permitiera colocar a aquel viejo altanero en algún hueco de su enorme imperio, o en el círculo internacional de sus conocidos, ya fuera como hombre de confianza, como casero o como chico para todo, constituía para Schöller un motivo de rencor personal. Aquel viejo había pasado una parte de su juventud con Thomas Koch, el hijastro de Elvira y, al parecer, eso era motivo suficiente para sentirse obligada para con él,

de modo que lo mantenía lejos de ella, aunque, de una manera u otra, siempre a salvo.

La relación con Lang era una de las tareas más molestas de las que tenía encomendadas. Schöller abrigaba la esperanza de que aquel incendio tuviera un efecto lo suficientemente devastador y contundente como para poder tachar esa tarea, de una vez por todas, de su lista.

Konrad Lang se había pasado horas enteras mirando el reflejo de las llamas, rígido e inmóvil en medio del revuelo organizado por el equipo de bomberos. Solo se había movido por la necesidad de dar un trago o para bajar la cabeza cuando la avioneta contra incendios sobrevolaba zumbando la copa de los pinos antes de arrojar otra carga de agua hacia las llamas. En determinado momento, se había acercado el aparcerero, junto con dos hombres que querían interrogar a Lang acerca del suceso. Cuando se dieron cuenta de que no estaba en condiciones de responder a sus preguntas, se lo llevaron a Kassipi, donde pasó la noche en una celda de la comisaría.

A la mañana siguiente, cuando lo interrogaron acerca del origen del fuego, Lang contestó que no podía explicárselo. Ni siquiera tuvo que mentir.

A lo largo del día empezó a revivir, a retazos, el recuerdo de cómo podría haberse originado aquel incendio, pero para entonces ya había rechazado con tanta indignación la posibilidad de ser culpable de aquello que después mantuvo esa negativa con toda la fuerza de su desesperación. Y habría podido convencer a la poli-

cía de su inocencia, si el aparcerero no hubiese declarado que había visto aquella tarde a Konrad Lang dirigiéndose con una garrafa llena de gasolina hacia el ala destinada a los invitados.

Como consecuencia de esta declaración, Lang fue trasladado a la jefatura de policía de Kérkyra, hasta que pudiera aclararse la sospecha de que se trataba de un incendio provocado. Allí seguía mientras Schöller se duchaba en el baño de su habitación del Corfu Hilton International, para quitarse de encima el hollín, antes de cambiarse de ropa y sacar una tónica del minibar.

Una hora después, cuando fueron a buscar a Konrad Lang a su celda y lo llevaron a la modesta oficina donde lo esperaba el asistente personal de Elvira, acompañado de un funcionario, habían transcurrido ya más de cincuenta horas desde que la policía se lo llevara detenido y, para entonces, ya había perdido aquella arrogante actitud suya. Konrad siempre se había esmerado mucho en presentarse en cualquier situación correctamente vestido y bien afeitado y, al verse allí con un pantalón de pana manchado de hollín, los zapatos sucios, la camisa mugrienta, la corbata arrugada y aquel jersey amarillo de cachemira que había utilizado para protegerse del humo, se sintió herido en su pundonor. Su bigote recordado apenas se distinguía de su barba de varios días, unas mechas de cabello gris le caían sobre la frente y las bolsas de los ojos aparecían más oscuras y más abultadas que de costumbre. Sus gestos revelaban que estaba nervioso y, además, temblaba, un estado que se debía no solamente a las emociones vividas sino sobre todo a la

interrupción brusca de su ingesta habitual de alcohol. Lang acababa de cumplir sesenta y tres años, pero aquella tarde aparentaba tener setenta y cinco. Schöller fingió no ver la mano que Lang le tendió.

Konrad Lang tomó asiento y esperó que Schöller le dirigiera la palabra, pero Schöller no dijo nada, se limitaba a mover la cabeza de un lado a otro. Y cuando Lang, con expresión de impotencia, se encogió de hombros, siguió moviendo la cabeza.

—¿Y ahora qué? —preguntó al fin Konrad Lang.

Schöller seguía moviendo lentamente la cabeza.

—La culpa fue de la madera de almendro. No arde cuando está húmeda. Ha sido un accidente.

Schöller se cruzó de brazos y siguió esperando.

—No tiene usted ni idea de lo fríos que llegan a ser aquí los inviernos.

Schöller miró hacia la ventana. Un día espléndido estaba a punto de declinar.

—No es lo normal en esta época del año.

Schöller asintió.

Lang se dirigió al funcionario que entendía un poco el inglés.

—Dígale que es verdad, que un día como el de hoy es muy raro en esta época del año.

El funcionario se encogió de hombros. Schöller miró su reloj de pulsera.

—Dígales que yo no soy un pirómano. Son capaces de mantenerme aquí detenido.

Schöller se incorporó.

—Dígales que soy un viejo amigo de la familia.

Schöller bajó la vista sobre Konrad Lang y volvió a mover la cabeza.

—¿Le ha dicho usted a Elvira que fue un accidente?

—Informaré mañana a la señora Senn.

Schöller se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué le dirá?

—Le aconsejaré que presente una denuncia.

—Fue un accidente —tartamudeó de nuevo Konrad Lang justo antes de que Schöller abandonara la sala.

Al día siguiente, Schöller cogió el único avión que salía fuera de temporada desde el aeropuerto Ioannis Kapodistrias hacia Atenas. Pudo coger un vuelo de enlace bastante aceptable y llegó a última hora de la tarde al despacho de Elvira Senn en el «pisito». Este era el nombre que los Koch daban al bungalow construido de vidrio, acero y hormigón visto que Elvira había encargado a un famoso arquitecto español como vivienda para pasar la vejez en medio del parque que rodeaba la Villa Rododendro. Ese parque ocupaba unos diecinueve mil metros cuadrados de terreno en ligera pendiente, con sendas serpenteantes que corrían entre innumerables ejemplares de rododendros, azaleas y árboles centenarios. Como todas las estancias del edificio, la pieza que le servía de despacho estaba orientada hacia el suroeste y, de este modo, ofrecía una vista preciosa sobre el lago, la cordillera que arrancaba en la otra orilla y, en los días claros, la cadena de los Alpes.

A los diecinueve años, Elvira Senn había sido contratada como niñera por Wilhelm Koch, viudo y fundador de las fábricas Koch. Su esposa había fallecido poco después del nacimiento de su único hijo. Elvira rápidamente pasó de ser niñera a esposa y, dos años después

de la muerte prematura del empresario Koch, ella contrajo un nuevo matrimonio, esta vez con el director ejecutivo de las fábricas Koch, Edgar Senn, un hombre muy competente que, durante los años de la guerra europea, consiguió hacer florecer aquella fábrica de la que hasta entonces había salido una maquinaria no excesivamente moderna pero sí de gran calidad. Senn la puso a producir piezas de recambio para automóviles, máquinas y motores alemanes, ingleses, franceses y americanos imposibles de adquirir en ninguna otra parte. Después de la guerra, Senn aprovechó la experiencia y pasó a fabricar muchas de esas mismas piezas bajo licencia. Invirtió los beneficios obtenidos aquellos años de auge económico en bienes inmobiliarios y, al venderlos a su debido tiempo, se hizo con los medios necesarios para proceder a una diversificación de su fortuna. Así fue cómo las fábricas Koch sobrevivieron a los años de crisis, con algunas pérdidas pero, en general, bastante bien.

Casi desde el principio había empezado a circular el rumor de que tenía buena mano para los negocios, pero que esta mano era guiada por otra más hábil todavía, la de su esposa. Edgar Senn murió en 1965 a causa de un infarto cardiaco, a los sesenta años y, cuando se observó que la empresa seguía prosperando, fueron muchos los que vieron confirmada aquella suposición. La firma Koch acabó siendo una gran compañía muy bien diversificada, pues contaba con un poco de maquinaria, un poco de producción textil, un poco de electrónica, un poco de química y una pequeña participación en el sector energético. Incluso en el sector de las energías renovables.

Hacía diez años, cuando Elvira había anunciado que

ya era hora de dar paso a la juventud, se había trasladado al «pisito». La prensa había publicado a la sazón un comunicado por el que se hacía saber que la señora entregaba las riendas del negocio a su hijastro Thomas, un hombre que por aquel entonces tenía cincuenta y tres años. En realidad, ella las seguía sosteniendo con firmeza en sus manos. No mantuvo un puesto en el consejo de administración, pero las decisiones que se tomaban en ciertas reuniones celebradas regularmente en su «pisito» eran de mayor alcance y compromiso que cualesquiera otras que los directores ejecutivos de aquel grupo industrial pudieran aprobar. Ella había decidido seguir así hasta que el hijo de Thomas, Urs, estuviera preparado para tomar el relevo. Por motivos que tenían que ver con su carácter, se saltaría a Thomas.

Elvira encajó la noticia del siniestro total ocurrido en Corfú con su acostumbrada serenidad. Había visitado aquella casa una sola vez en su vida y de eso hacía más de veinte años.

—¿Cómo quedo yo, si lo meto en la cárcel?

—No es usted quien lo mete en la cárcel. Es a la autoridad judicial a quien le incumbe esa tarea. Provocar un incendio es un delito perseguible de oficio, incluso en Grecia.

—Konrad Lang no es un pirómano. Supongo que se está haciendo mayor.

—Si desea usted que el suceso sea considerado un incendio por imprudencia, tendremos que declarar en su favor.

—¿Y qué harán entonces con él?

—Lo condenarán al pago de una multa. Si puede pagarla, no irá a la cárcel.

—No hace falta que le pregunte lo que haría usted en mi lugar.

—No.

Elvira reflexionó. La idea de tener a Konrad Lang a buen recaudo en un lugar situado en dirección sur, a mil quinientos kilómetros de su casa, no le resultaba del todo desagradable.

—¿Cómo son las cárceles griegas?

—Ioannis asegura que, si dispones de un par de dracmas, la estancia puede resultar bastante llevadera.

Elvira Senn sonrió. Nadie diría de ella, a primera vista, que era una anciana. Durante toda su vida había gastado mucho tiempo, energía y dinero en el empeño por no envejecer. Apenas cumplidos los cuarenta, empezó a someterse cada cierto tiempo a pequeñas operaciones quirúrgicas, sobre todo en el rostro. Gracias a esta práctica, a pesar de haber cumplido ya setenta y ocho años, Elvira tenía tan buen aspecto que en sus mejores días nadie le habría echado más de sesenta. No se conservaba tan bien solo gracias al dinero y a la cirugía estética: la naturaleza también había sido amable con ella. Con su cara redondeada de muñeca, no había tenido que escoger en algún momento, como les sucedía a otras mujeres, entre la figura o la cara. Podía permitirse seguir delgada. Por lo demás, gozaba de buena salud, excepto una diabetes que su médico de familia calificó, con ningún tacto por cierto, de «diabetes senil». Esta era la razón por la que desde hacía unos años tenía que inyectarse dos veces al día una dosis de insulina de acción retardada con una jeringuilla que parecía una pluma estilográfica. Además de mantener una dieta rigurosa, nadaba un poco todos los días, se sometía a masajes y drenajes linfáticos, dos

veces al año pasaba tres semanas en una clínica de Ischia y, por más que le costara, hacía todo lo posible por no disgustarse por nada.

Schöller seguía insistiendo.

—Con todo lo que ha hecho usted desde siempre por él, nadie podrá hacerle el más mínimo reproche. Después de lo sucedido, será imposible colocarlo en ninguna parte. ¿O se ve usted con ánimos para hacerse responsable de los disparates que aún pueda llegar a cometer?

—Dirán que lo he metido en la cárcel.

—Al contrario. Todo el mundo apreciará el gesto de no demandarlo por daños y perjuicios. Nadie puede esperar de usted que saque de la cárcel a alguien que ha prendido fuego a una casa que vale cinco millones de francos suizos.

—¿Cinco millones?

—La póliza del seguro cubre unos cuatro.

—¿Cuánto nos costó?

—Unos dos. Más el millón y medio que el señor Koch invirtió el año pasado.

—¿En la decoración de la interiorista holandesa?

Schöller asintió.

—No tendremos otra ocasión mejor para quitarnos de encima a ese individuo.

—¿Y qué debo hacer yo?

—Eso es lo mejor de todo: nada.

—Entonces, decidido.

Elvira se puso las gafas para ver de cerca y se dispuso a firmar el documento colocado ante ella sobre el escritorio. Schöller se incorporó.

—Thomas —dijo ella, sin levantar la vista—, Thomas no tiene por qué enterarse de todo esto.

—Por mí no se enterará de nada.

Antes de que Schöller hubiese alcanzado la puerta, alguien llamó y, acto seguido, Thomas Koch entró en la estancia.

—Koni le ha pegado fuego a lo de Corfú. —No advirtió la mirada que intercambiaban Elvira y Schöller—. Me acaba de llamar Trix van Dijk. Dice que la casa ha quedado como si le hubiese caído una bomba encima. —En su rostro se dibujó una sonrisa—. Se había trasladado allí con un equipo de la revista *The World of Interiors*, querían dedicarle muchas páginas y publicar ese número por todo lo alto. ¡Se encontró con que ya no quedaban *interiors*! Dice que matará a Koni. Y, por cómo sonaba su voz, creo que sería muy capaz de hacerlo.

Salvo por una corona de cabello negro que despedía reflejos un tanto artificiales en cuanto el sol lograba asomar entre las nubes, Thomas Koch se había quedado calvo, de manera que por más que sonriera, como en aquel momento, su rostro parecía demasiado pequeño para una cabeza tan voluminosa.

—Creo, Schöller, que debe usted ir a Corfú y poner las cosas en su sitio. Arregle el papeleo y, por favor, mantenga a raya a esa holandesa, aléjela de mí. —Koch se dirigió hacia la puerta—. Y saque usted a Koni de la cárcel. Dígales que no es un pirómano, Koni solo es un borracho.

Mientras Koch cerraba la puerta a sus espaldas, lo oían reírse por lo bajo y murmurar «¡*The World of Interiors*!».

Tres semanas después, Konrad Lang y Schöller volvían a estar frente a frente. Cumpliendo con las órdenes de la sede suiza, Apóstolos Ioannis había pagado la fianza y, además de la ropa más indispensable, un poco de dinero para gastos y billetes de barco y de tren en clase turista, le había entregado a Konrad Lang un documento de identificación provisional.

Con mar agitado, el ferri en que viajó Konrad Lang tardó ocho horas en llegar a Brindisi, donde estuvo tres horas vagabundeando por la estación de ferrocarril. Al día siguiente, llegó puntualmente, a las cinco y cuarto de la tarde, a las señas que Ioannis le había indicado como lugar de la cita. En ese momento ya empezaba a oscurecer.

En un barrio obrero de la ciudad, en una calle ruidosa por el exceso de tráfico, concretamente en el número 134 de la calle de los Abetos, donde, por cierto, no se veía ni un solo abeto, se encontró ante un bloque de viviendas. Indeciso, Konrad Lang permaneció unos instantes delante del portal. Como no había apuntado el número del piso, comenzó a leer los nombres, todos ellos en letras negras y perfectamente legibles, que figuraban junto a los timbres en el interior de un marco de aluminio. Junto al timbre correspondiente a la tercera planta, vio que constaba el suyo: «Konrad Lang». Pulsó el botón y, poco después, oyó el zumbido de la cerradura que le permitía entrar. Subió los tres tramos de escaleras y se encontró con Schöller, que lo esperaba en el umbral de la puerta que daba a una de las viviendas.

—Bienvenido a casa —lo saludó esbozando una sonrisa.

Lang había viajado durante treinta y tres horas. Su

aspecto era casi tan deplorable como cuando se habían visto la última vez, en la jefatura de policía de Kérkyra.

Schöller le mostró aquel piso de un dormitorio. Los muebles eran sencillos y funcionales. En los armarios y en los cajones de la cocina había cuantos platos y cubiertos uno pudiera necesitar, un par de sartenes y cacerolas y algunos alimentos básicos. En el armario del dormitorio había ropa de cama y toallas y un televisor en el cuarto de estar. Todo, también la moqueta, era nuevo, y las paredes parecían recién pintadas. «Si no fuera por los chirridos del tranvía y los ruidos y bocinazos de los coches —pensó Konrad Lang—, pensaría que es un apartamento de veraneo por estrenar.» Se sentó en el sillón reclinable, frente al televisor.

—El acuerdo es el siguiente —dijo Schöller, mientras tomaba asiento en el pequeño sofá situado junto al sillón y depositaba un papel sobre la mesita del centro—. La señora Senn pagará los gastos de esta casa. Si desea usted algún mueble más, puede hacer una lista de lo que necesite. Dentro de unos límites razonables, tengo órdenes de satisfacer esos deseos. También contará con seguro médico, incluido el seguro dental, y se le pagará la ropa que le sea precisa. Mañana recibirá la visita de una de mis empleadas, ella podrá acompañarlo y aconsejarle en cuanto al vestuario, pero su principal asesoramiento será económico, pues los fondos disponibles tienen un límite.

Schöller le dio la vuelta al papel.

—Aquí enfrente, a la derecha, encontrará el Café Delphin, un agradable *tea-room* donde podrá usted desayunar. Para las comidas y las cenas se ha previsto Das Blaue Kreuz, un buen restaurante que no sirve bebidas alcohólicas, a solo cuatro paradas de tranvía de esta casa. ¿Lo conoce usted?

Konrad Lang negó con la cabeza.

—En ambos establecimientos tiene usted cuenta abierta, la señora Senn se hará cargo de los gastos. Para hacer frente a otros gastos, tendrá disponible una cantidad que asciende a trescientos francos semanales que podrá retirar los lunes, acudiendo al director de la sucursal del Kreditbank situada en Rosenplatz. El director tiene órdenes de negarle cualquier adelanto sobre esa suma. La señora Senn me ha pedido que le transmita el siguiente mensaje: ella no espera nada de usted a cambio de todo esto, pero yo le aconsejaría que no jugara con fuego.

Schöller acercó el documento a Konrad Lang y sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa.

—Primero léaselo bien y después firme el original y la copia.

Lang cogió el bolígrafo y firmó. Estaba demasiado cansado para leer nada. Schöller recogió el documento firmado, se levantó y se dispuso a marcharse. Ya en la puerta de entrada, dio media vuelta y regresó. Incapaz de contenerse, dijo:

—Si hubiera sido por mí, lo habría dejado en Corfú. La señora Senn es demasiado generosa.

No obtuvo respuesta alguna. Konrad Lang se había dormido en el sillón.

2

«Espero que Urs no esté en casa», pensó Konrad Lang antes de pulsar el timbre. Hace unos años habría podido oír el sonido allá lejos, en la casa, y hace todavía más, cuando aún funcionaba la campanilla de hierro fundido, el repiqueteo de la misma contra la puerta de entrada, bajo el porche, pero estaba a punto de cumplir los sesenta y cinco años y ya no tenía el oído tan fino.

Por esa razón tampoco oyó los pasos de la pareja que había bajado de un todoterreno y estaba acercándose a él. Ambos jóvenes llevaban ropa de montar y las botas sucias de barro. El hombre, alto y, salvo por el mentón algo retraído, de rostro bastante atractivo, tendría unos treinta años.

La mujer, más bonita que guapa, de pelo castaño, era más joven, de unos veintipocos. Miró con expresión interrogante a su acompañante, pero él le devolvió la mirada con el índice en los labios.

Se acercaron en silencio a aquel hombre mayor que estaba esperando junto al portón del jardín. De lejos, el típico abrigo Burberry resistente al agua y el sombrero

de fieltro verde que llevaba lo hacían parecer un terrateniente.

«Uno de los muchos amigos de la familia», pensó la joven mientras decidía seguir el juego a su acompañante. Los dos se iban acercando de puntillas.

Konrad Lang acercó el oído al portón y se esforzó por distinguir algún ruido. ¿Aquello eran pasos?

Los dos jóvenes ya estaban a unos centímetros de su espalda cuando el hombre asestó con la mano abierta un golpe seco a la chapa del portón.

—¿Qué hay, Koni, necesitas dinero? —gritó.

Konrad Lang sintió una explosión en la cabeza y se apretó las manos contra los oídos. Tenía el rostro contraído, como si esperara otro golpe. Después reconoció al joven.

—Urs —dijo en voz baja—, me has asustado.

Advirtió entonces la presencia de una joven que lo miraba sorprendida. Se quitó el sombrero y se pasó la mano por el cabello gris dejando al descubierto una frente despejada. A pesar de aquel aire de dejadez, parecía bastante distinguido.

—Soy Konrad Lang. —Y le tendió la mano.

Ella se la apretó con cara de circunstancias.

—Soy Simone Hauser. Urs y yo somos amigos. No ha querido ofenderlo.

Mientras tanto, Urs había abierto el portón con su llave. Por el interfono se oyó un crujido y una voz femenina preguntó con acento extranjero:

—¿Quién es?

—Nadie, Candelaria —respondió Urs Koch.

Mantén el portón abierto para que pasara Simone y, con la otra mano, revolvía el contenido del bolsillo tra-

sero de su pantalón de montar. Cuando Simone miró hacia atrás, vio a Urs tendiéndole a aquel viejo caballero un billete arrugado antes de cerrarle el portón en las narices.

El encontronazo con Urs no había ido tan mal. Mejor esos cien francos que nada. Quizá por haberse arrepentido de su brusquedad, quizá por impresionar a su amiga o quizá simplemente por no haber encontrado con las prisas otro billete de menor cuantía, le había soltado aquel y, la verdad, cien francos eran un buen botín. Konrad solía salir de sus encuentros con Urs con las manos vacías.

Y con Tomi solía pasarle lo mismo. Salvo cuando lo pillaba en uno de sus arranques sentimentales, pero últimamente apenas tenía. O quizá Konrad no acertara el momento. Cuando aparecía Konrad, Tomi casi siempre se mostraba irritado y muchas veces se negaba a recibirlo o simplemente lo mandaba al diablo, era capaz de hacerlo por el interfono o, aún peor, en persona, junto al portón del jardín.

Lo habitual era que le abriera alguien del servicio. Si tenía suerte, lo hacía Candelaria, que a veces le prestaba veinte o cincuenta francos. A la buena mujer ya le debía unos cuantos centenares de francos y, de cuando en cuando, tanto como gesto de buena voluntad como por razones tácticas, para que le volviera a prestar en otras ocasiones, él procuraba devolverle a principios de la semana algunas cantidades menores.

Cien francos no daban mucho de sí en el bar del Grand Hôtel des Alpes, pero al menos allí se sentía tra-

tado como merece una persona y eso era precisamente lo que Konrad Lang necesitaba en aquel momento. La señora que se encargaba del bar por las tardes se llamaba Charlotte y, como si fuese un viejo amigo, ella a él lo llamaba Koni. Por la edad bien podría haberlo conocido de aquellos tiempos en que él ocupara en ocasiones la *suite* del torreón. Bueno, Tomi y él. Bueno, Tomi dormía en la *suite* del torreón y él ocupaba la habitación que quedaba justo debajo. Pero por aquel entonces, como le había explicado la propia Charlotte, ella aún no había tenido necesidad alguna de trabajar. Aquellos años a ella le pasaba lo mismo que a él: no era rica, pero sí independiente.

—Salud y suerte, Koni —dijo cuando le sirvió el Negroni.

—Un Negroni —solía afirmar él— es la bebida ideal para las tardes: parece un aperitivo, pero tiene el efecto de un cóctel.

El cóctel que Charlotte le servía en ese momento era el segundo. El dinero le llegaría para tres, pues debía sumarles las flautas de champán que se tomaba Charlotte cada vez que él le indicaba con gestos que así lo hiciera y que ella dejaba detrás de la barra, junto al cenicero en el que humeaba su cigarrillo marca Stella-Filter.

—*Yamas* —saludó Konrad en griego antes de llevarse la copa a los labios. Su oído derecho aún estaba resentido por el golpe que Urs había dado contra la chapa de hierro del portón y la mano le temblaba más de lo que solía hacerlo a esa hora del día.

Como todas las tardes a última hora, el bar estaba casi vacío. A través de las cortinas se filtraba una luz tenue

y, detrás de la barra, junto a la caja, había una lámpara ya encendida, de cuyo cono luminoso ascendía el humo azulado del cigarrillo olvidado de Charlotte. Roger Whittaker cantaba *Smile, though your heart is aching* y, desde la mesita que había junto al piano, le llegaba de vez en cuando el tintineo de las tazas de té de las hermanas Hurni, quienes esperaban allí en silencio, como todos los días a esa misma hora, la llegada del pianista.

Las hermanas Hurni habían sobrepasado con creces los ochenta y hacía ya algunos años que residían en el Grand Hôtel des Alpes. Y decidieron vivir allí como quien no ha heredado un doce por ciento de las acciones de una gran empresa cervecera decide mudarse a una residencia de ancianos. Salvo por sus piernas deformes embutidas en medias elásticas de color carne asomando debajo de sus vestidos floreados como si fueran unas salchichas enormes, las dos eran delgadas y parecían muy frágiles. Cada vez que entraban solemnemente en el bar despertaban en Konrad Lang algún recuerdo, pero su recuerdo debía de ser tan lejano que no lograba hacer surgir una imagen precisa, solo una sensación familiar tantísimo tiempo olvidada que tampoco habría podido describirla y que siempre le provocaba una sonrisa amable que las hermanas Hurni ignoraban con un gesto indignado renovado en cada ocasión.

Konrad Lang dio un pequeño trago y dejó la copa sobre la mesa. Aquel Negroni tenía que durarle hasta que llegara el pianista. Después, además de una flauta para Charlotte «y una cerveza para el hombre que toca el piano», pediría otro y, después, tendría que decidirse entre invertir en un taxi los veinte francos que le quedarán o coger el tranvía y gastarse el resto en tomar unas

copas más bien vulgares en el Rosenhof, donde le serviría Barbara.

Urs no solía presentar a sus amigas a su abuela, Elvira Senn. Todas sus amigas respondían al mismo tipo, por lo que a Elvira le resultaba difícil distinguir una de otra, pero últimamente había preguntado varias veces por «la tal Simone», señal de que consideraba útil para sus planes que Urs mantuviera una relación más seria con una mujer.

Elvira había decidido que el escenario adecuado para aquella presentación sería el salón pequeño de la mansión a la hora del té, un momento lo suficientemente íntimo, no tan familiar como un almuerzo ni tan comprometido como una cena, como para hacerse una impresión de la joven.

Urs y Simone, ya liberados de las botas y de la ropa de montar, estaban sentados juntos con las manos entrelazadas en un sofá Breuer de cuero. Thomas Koch se ocupaba de llenar cuatro copas de champán.

—Cuando se invita a alguien «a tomar el té», se hace referencia a la hora y al lugar, pero no a la bebida —dijo echándose a reír.

Devolvió la botella a la cubitera, tendió a los tres presentes una copa llena, se quedó con una y la alzó un poco.

—¿Por qué brindamos?

—Por nuestra salud —dijo Elvira, adelantándose a Thomas, una vez más a punto de precipitar las cosas. Era evidente que aquella no era la primera copa que tomaba aquel día, de ahí su euforia ante la presencia de una mujer que podría terminar siendo su nuera, pero, la

verdad, esa era la actitud que adoptaba siempre que estaba ante cualquier mujer joven y atractiva.

Para romper el incómodo silencio que siguió al brindis, Urs dijo:

—Al volver de dar un paseo a caballo, nos hemos encontrado a Koni junto al portón.

—¿Qué quería? —preguntó su padre.

—Ni idea. Tal vez pretenda ocupar el ala oeste, disponer de un Bentley con chófer y una asignación ilimitada. Le he dado cien francos.

—Quizá no viniera a pedir dinero. Quizá solo quisiera hacernos una visita.

—En cualquier caso, no ha rechazado el billete.

Padre e hijo se echaron a reír.

Elvira sacudió la cabeza y soltó un suspiro.

—No deberíais darle dinero, sabéis muy bien por qué.

—Simone habría pensado que soy un desalmado —comentó Urs con una sonrisa.

Simone sintió toda la atención sobre ella.

—La verdad es que daba un poco de lástima.

—Koni es un caso trágico —comentó Thomas Koch antes de comenzar a llenar de nuevo las copas de champán.

—¿Le ha explicado Urs lo que pasa con el señor Lang? —quiso saber Elvira.

—No quiero que me interprete mal. Me parece admirable lo que ha hecho usted por ese hombre. Y lo que sigue haciendo, después de todo lo sucedido.

—Ese tipo es la mascota de mi abuela.

Thomas Koch casi se atragantó.

—¡Yo creía que las mascotas están para dar buena suerte!